

## EL FRIO

El sol golpeaba el rostro de Daniel mientras conducía. Sus anteojos oscuros no bastaban para proteger sus ojos, y el sudor rodaba espesamente por su cuello.

-El pavimento está lleno de hoyos -le dijo a Javier, el copiloto.

-¿Y no fue para esto que te compraste un jeep? Esta ruta antigua era la mejor manera de esquivar el peaje.

Daniel hizo una mueca y se concentró en la autopista. Siempre que salía de viaje con su viejo amigo de infancia tenía que poner su casa, el auto, la bencina, y para colmo, manejar.

Había pasado media hora desde vieran otro auto; la única compañía que tenían era la de los pinos que se erguían junto a la ruta, un ejército de soldados robustos y silenciosos.

De pronto, el sofocante calor comenzó a desvanecerse en forma brusca. No habían nubes en el cielo y el sol seguía brillando con la misma intensidad que antes.

-Siento un poco de frío.¿Podrías cerrar la ventana?

Daniel volteó la vista hacia los bosques de pinos.

-Quizá deberías encender la calefacción.

Giró la manilla hasta el máximo, pero el aire apenas salía tibio.

-Seguro es por esto que nadie usa este atajo.

Un caserío en la berma izquierda llamó de pronto su atención. Tres construcciones de madera, cayéndose a pedazos, pegadas una a la otra. En la más grande había un letrero que rezaba “Cafetería Vaya Con Dios”

-Con las ganas que tengo de ir al baño.¡Por favor, para aquí un minuto!

-¿Te vas a bajar aquí con este frío?

-O eso o me hago aquí.

Daniel detuvo el Jeep en la berma. “Corre, te espero acá”

Javier apuró el paso para llegar a la cafetería. Los vidrios estaban quebrados, con tablas incrustadas en los marcos. Se acercó a la puerta del local y golpeó. Como nadie contestaba, se asomó entre las vigas.

-Hola -lo interrumpió de pronto una dulce y tímida vocecita a sus espaldas. Un niño moreno, de enormes y redondos ojos negros, parado tras suyo, descalzo y con poca ropa.

-Hola ¿vives aquí?

-Sí.

-¿Tu papá o tu mamá están?

-Papá está allá adentro. -sostuvo indicando con el dedo a la casa de al medio- ésa es la casa de mi papá

-Bueno...¿Me podrías llevar con él?

El pequeño emprendió el camino, guiando al forastero.

-¿No tienes frío? Estás tan desabrigado.

-A mi me gusta el frío.

Desde el auto, Daniel observaba a Javier hablando con el pequeño. Lo vio entrar a la casucha de madera que estaba al medio de las otras dos, y se dedicó a esperar. Pasaron diez, veinte, treinta minutos, y no salía.

Daniel se bajó del Jeep furioso. Eran las cinco menos veinte, y a cada minuto el frío se tornaba más crudo. Antes de que alcanzase a golpear, el mismo niño salió a su encuentro.

-Hola -le dijo sin mucho afán Daniel- ¿Cómo te llamas?

-¡Ésta es la casa de mi papá!

-Sí, qué bueno. Cuéntame, niñito, ese señor que entró contigo hace un rato ¿Me puedes llevar con él?

-Vamos -le respondió animoso, corriendo hacia el interior de la casucha.

Daniel entró a la construcción sintiendo un poco de lástima por el pequeño. Cuando ingresó al recinto, se encontró con que adentro reinaba la más absoluta oscuridad.

-Oye niño, aquí no se ve nada!

-A mi papá no le gustan las luces.

-Bueno, como sea, anda a llamar al señor que entró y dile que nos tenemos que ir.

-A mi papá no le gusta que lo interrumpen.

-¡Qué me importa, o vas tú o voy yo, tengo mucho frío!

-Mi papá te va a matar.

Esta última frase lo congeló.

-Dile a tu papá que si no viene para acá inmediatamente con mi amigo va a haber problemas.

No hubo respuestas, sólo tinieblas. El aire, pesado y nauseabundo, llenaba sus pulmones. De pronto, una vela se encendió en la otra esquina del salón y se fue acercando lentamente hacia él, alumbrando el sendero. Reconoció tras la tenue luz al rostro del pequeño.

-Se la manda mi papá -le dijo entregándole la vela encendida- Para que no se caiga.

Daniel tomó la luz entre sus temblorosos dedos. Recorrió lentamente el cuarto. Todo se notaba en desorden: cortinas rasgadas, cuadros ladeados, sillones corridos.

Y cuerpos mutilados.

Uno con los brazos clavados a la pared, otro con su cabeza fuera de su lugar, y un tercero sobre la alfombra con un puñal entre sus dientes. Cuando se detuvo en el que estaba en el suelo, con la sangre fresca, reconoció la camisa a cuadros azul marina, los pantalones verdes, la espalda maceteada.

Una ráfaga de viento apagó la débil luz de la vela, y las tinieblas volvieron a reinar en la habitación. “*¡corre por tu vida!*”

Se lanzó en carrera ciega hacia la salida, dando trompadas contra muebles y paredes. Antes de que alcanzase a girar la manilla, sintió que un pequeño cuerpo se arrojaba sobre sus espaldas y le mordía el cuello, derribándolo al suelo.

Daniel evadió el ataque y corrió, sin mirar atrás. El aire gélido penetraba por debajo de sus pantalones y se adosaba a su cuerpo, infringiéndole un agudo dolor. Entró al Jeep y cerró las puertas. Intentó en seguida hacer partir el motor, pero la baja temperatura no permitía hacer contacto.

-Por favor, Virgencita, haz que esta cosa parta y te iré a dejar flores todos los días, te lo juro.

Un nuevo intento.

-Te lo digo en serio. Flores todos los días y misa los Domingos.

El motor emitió un quejoso zumbido destellante, casi ahogado, y se apagó nuevamente.

-No me falles ahora, por favor. ¡Arranca, cosa maldita, arranca!

Un crujido en el asiento trasero le interrumpió; no había cerrado la puerta del auto con llave. Pudo sentir una presencia respirando a sus espaldas, rechinando como una bestia.

-Hola -le dijo con voz de miel.

Estaba ahí, dentro de su auto, sonriéndole con restos de la piel de Javier entre sus dientes. Sin pensarlo, Daniel tomó el pedazo de madera y lo dirigió con furia hacia la cabeza del chico, golpeándolo una y otra vez.

El ruido de la fricción de llantas contra el asfalto lo puso en alerta; Un automóvil blanco se había detenido a su lado.

-¡Enrique, deténlo, está matando al pobre niño!

Un hombre de unos 35 años se bajó del auto

-¡Suéltalo!- le ordenó a Daniel.

-No, no es lo que ustedes piensan. Este niño es...

No alcanzó a terminar la frase. Al ver al pequeño aturdido y ensangrentado, Enrique lo golpeó violentamente, arrojándolo al suelo con la nariz quebrada.

-¿Estás bien, campeón? ¿Qué te hizo este desgraciado?

-¡Por favor, aléjese de él! -insistía Daniel aún en el suelo- ¡Ese niño es un asesino!

-Mi papá...-dijo de pronto el niño, balbuceando sangre- mi papá está en su casa...

Enrique vio las tres casuchas de madera y se percató que la puerta de una de ellas, la del medio, estaba entreabierta. Apuró el paso hasta el caserío y abrió la puerta. Alumbró los cuerpos al interior de la sala. Corrió hacia el auto sintiendo miedo y frío, como si ambos estuviesen unidos. Luego se acercó a Daniel y lo miró directamente a los ojos.

-Estás loco, infeliz. Loco...

-¡No fui yo, fue el niño! ¡Él los mató a todos, a mi amigo, y me quería matar a mí!

Un fuerte golpe en el cráneo lo dejó inconsciente. Cuando despertó estaba viajando en el auto blanco, sentado en el asiento trasero, atado de pies a cabeza, junto al malherido niño que lo observaba con sus ojos negros y vacíos mientras esbozaba una insidiosa sonrisa.

-Hola- le dijo el chico al verle abrir los ojos -¿Ya te despertaste?

-¡Aléjenlo de mí! ¡Aléjenlo!

- Te entregaré a la policía -era la voz de Enrique la que hablaba.

-¡No fui yo! ¡Fue él! ¡Fue él!

El muchachito no quitaba de Daniel su mirada oscura y la sonrisa burlesca. Se acercó lentamente al oído del hombre y, susurrando, le dijo: “Te voy a matar , y te va a doler!”....

Daniel empezó a tumbarse de lado a lado, tratando de librarse de las ataduras.

-¡Suéltense, por favor, él me va a matar!

-Cállate si no quieres que te mate yo -replicó Enrique desde el volante.

Rebeca Rivas, la delgada mujer que iba en el asiento del copiloto, miraba a Daniel de reojo, temerosa de que él percibiera que ella lo observaba. Para disimular, le conversaba al pequeño:

-¿No tienes frío, mi amor? ¡Solo tienes esa polerita y pantalones cortos!

-No, nunca tengo frío.

Era extraño. Porque ella hacía más de una hora que estaba congelada, luego de toda una tarde de calor agobiante. Y el frío se hacía cada vez más intenso, a pesar de que el sol aún no empezaba a esconderse.

-Aún no nos has dicho como te llamas, corazoncito.

-Mi papá dice que no tengo nombre. ¿Dónde está mi papá?

La pareja se miró con pena, y ninguno se atrevió a decirle nada. Rebeca tomó la mano de su marido con fuerza.

-Por favor, escúchenme -volvió a hablar Daniel, ahora más sereno- este niño no es normal...

Antes de que Enrique pudiese decir palabra, el pequeño incrustó la navaja que llevaba en su bolsillo en la nuca del conductor, salpicando a todos en el auto. La mujer, atónita y espantada, sólo atinó a chillar mientras observaba sus manos con la sangre de su marido. Mientras el auto se desviaba del camino y se dirigía sin control hacia el bosque de pinos de la berma izquierda, el infante se arrojó sobre el Daniel y, asiendo su cabeza entre sus aparentemente frágiles manos, lo aplastó contra el vidrio de la puerta trasera, para luego borrar las facciones de su rostro con los fragmentos de vidrio fresco que quedaban.

El auto blanco se estrelló y Rebeca se golpeó violentamente la cabeza, lo que le produjo una leve incisión. Se bajó del auto con dificultad, cargando su cuerpo como si pesase cien kilos más; lo único que tenía en mente era la imagen del chico asesinando a su marido.

Miró hacia el auto incrustado en el árbol y divisó en su interior al pequeño que la observaba con su rostro y manos adosados al vidrio trasero, con la vista fija en ella, sin hacer el menor movimiento. Rebeca llegó a la autopista cojeando mientras corría, no sólo para huir, sino también para no congelarse. Al cabo de dos horas, cuando el sol ya estaba por ocultarse, se desplomó vencida por el cansancio. Fue entonces que ella se percató de que el frío ya no era tal.

Juntó sus manos sobre su rostro y se largó a llorar. Un par de focos le alumbraron la cara; Era una camioneta. Ella se lanzó a la mitad de la ruta, emitiendo alaridos y aleteando los brazos. Un hombre gordo y calvo salió de la camioneta, algo asustado.

-¿Le sucede algo, señorita?

-¡Por favor, ayúdeme, sáqueme de aquí, se lo ruego!

La subió a la camioneta y la cubrió con una manta

-Parta, por favor. Y no se detenga, especialmente si ve a un niño moreno en el camino. Es más, si lo ve aparecer, atropéllelo.

El hombre se llamaba Emilio González, y se dirigía al sur.

-Necesito hacer una denuncia –sollozó la mujer.

-Hay una comisaría un poco más adelante. Es un puesto carretero, pero siempre hay tres o cuatro carabineros de guardia...¿Le sirve?

-Sí, lo que sea –respondió sin dejar de llorar.

Emilio estaba asustado con la conducta de la mujer. Se fijó en los hematomas en su rostro y supuso que había tenido un accidente. Llegaron a la estación de carabineros al cabo de unos minutos.

-Si quiere la acompaño- le dijo Emilio, cortesía a la que la mujer accedió con gusto

“Un hombre pequeño, como un enano, de apariencia frágil pero gran fuerza, fue quién nos atacó. Si lo miran de lejos, pareciera ser un niño de 4 años...” El comisario les ordenó a ambos esperar ahí mientras iban a verificar qué había sucedido.

-Solo nos tomará un par de horas -aseguró el comisario al partir- Pueden dormir un rato, si quieren; hay un par de habitaciones en la parte posterior.

Ambos aceptaron la cortesía. Rebeca miró a Emilio algo avergonzada.

-Perdóneme por todo esto. Lo tengo atrapado en esta comisaría...

-No se preocupe -le respondió- un poco de descanso me viene muy bien.

Ambos terminaron por quedarse dormidos mientras esperaban al comisario.

Emilio abrió sus ojos y miró su reloj. 8:30 de la mañana “*¡Voy a llegar tarde, le dije a ese paco inepto que me despertara...¡Y seguro ahora me van a llenar con sus papeleos burocráticos...¡esta es la última vez que me detengo a ayudar a alguien!*”

Hacía frío aquella mañana. Mucho frío. Fue en busca de los carabineros y se encontró con que no había nadie en la comisaría. Golpeó la puerta de Rebeca y la despertó. Ella acudió sobresaltada, como si por un instante no recordase nada de lo que había sucedido el día anterior

-¿Ya amaneció? ¿Y el comisario?

-No está. No hay nadie. ¿Vino alguien a hablar con usted anoche?

-No. Me quedé dormida y no supe más de nada...

-Yo me voy, señora. Este lugar está desierto. ¿Usted se queda o se va conmigo?

-¡Me voy con usted -respondió sin pensarlo dos veces. Se vistió en dos segundos.

-El aire está cada vez más helado -señaló el hombre.

Al salir de la comisaría se encontraron con que el auto patrulla estaba detenido en medio de la carretera, vacío.

-Esto no me gusta -dijo ella.

-Espere, quiero ver qué sucedió.

-Le ruego que no vaya.

-Sólo me tardaré un minuto.

Se acercó al auto y encontró los cuerpos de tres carabineros en el interior, desparramados sobre los asientos. No gritó, pero abrió sus ojos de tal modo que Rebeca lo supo de inmediato.

-Están muertos ¿cierto? ¡Dígame! ¿Están muertos?

-¡Nos vamos!

De pronto, una tenue vocecita a sus espaldas llamó la atención del hombre.

-Hola. ¿me llevan con ustedes?

Emilio divisó la figura de un pequeño con los ojos oscuros y sonrisa angelical.

-¿Quién eres, niño? ....¿no tienes frío?

-No te le acerques -gritó aterrada Rebeca desde el otro lado de la camioneta- ¡Es él, es él!

¡Corre, corre antes de que te mate!

-Yo nunca tengo frío -respondió el chico haciendo caso omiso de los gritos de la mujer. Mi papá no me deja pasar frío.

-¿Tu papá? ¿Y en donde está tu papá?

-¡Emilio, aléjate!...

-¿Quieres conocer a mi papá?

-¡Te va a matar! ¡Ese niño te va a matar!...

-¿Tu papá está por aquí?

-Ven, ven -le dijo el niño moviendo las manos, como si lo invitara a jugar -ven y te muestro.

Emilio se acercó al infante. Éste se deshizo de su polera y le enseñó su torso desnudo. Con espanto, el hombre divisó en el tórax del pequeño una larga cicatriz, con grietas frescas y entreabiertas, las que se dilataban y se contraían, como si estuviesen respirando.

“Este es mi papá” le respondió. En seguida se arrojó sobre él y lo desnucó con un solo golpe. Rebeca, quién fuera testigo desde el otro lado de la camioneta, trató desesperadamente de abrir las puertas.

El pequeño puso sus ojos negros sobre ella y avanzó en su dirección.

-¿Qué quieres? -le gritaba desesperada- ¿Porqué me haces esto?

“¿Es que ya no recuerdas, Rebeca? ¿Tan pronto me olvidaste?”

Una repentina imagen llegó a la mente de la mujer; Ella, embarazada de 2 meses, bajando a aquél sótano. Estaba a punto de arrepentirse, pero no tenía otra salida. Su padre la hubiese matado si se enteraba...

*“Te he estado esperando todo este tiempo.”*

...las pinzas, las herramientas, los fórceps, ...el rostro de aquél doctor, la camilla dura, con sábanas manchadas, el dolor en su vientre...

*“Mi papá me dijo que vendrías algún día. Ahora estaremos juntos, para siempre...”*

...pero lo que más recordaba era el frío que hacía aquella noche....

Rebeca miró la cicatriz en el pecho del muchacho. De pronto ella pudo sentir el frío que salía desde su herida, envolviendo todo a su alrededor. Un frío que venía acompañado por murmullos, gemidos y lamentos. El muchacho caminó en dirección a ella con sonrisa angelical y brazos abiertos.

La mujer se arrojó contra el vidrio de la camioneta y lo golpeó, hasta romperlo. Luego, tomó el fragmento más grande y lo enterró en su vientre, rasgando todas las paredes de su abdomen, desfalleciendo sobre el motor de la camioneta.

Rebeca volteó la cabeza y dirigió la vista hacia donde estaba el pequeño. El vientre al que pretendía regresar ya no existía. Estaba desamparado nuevamente, a merced de cualquiera que quisiese utilizarlo

- No dejes que él me lleve -balbuceó el chico mientras caía al pavimento- Llévame contigo.....

La mujer trató de arrastrarse hasta donde el pequeño. A medida que ella se desangraba, él se desvanecía. Quería tomar su mano, abrazar sus pequeños dedos, pero estaba demasiado lejos. Las fuerzas se escapaban de su cuerpo, y lentamente iba perdiendo el conocimiento.

Ya no hacía frío. Junto al cuerpo ensangrentado de Rebeca yacía insolado un delgado niño moreno, de grandes ojos tiernos, como si hubiese estado expuesto por primera vez a la luz del sol.